
UNAMUNO Y OCTAVIO PAZ: DOS ATÍPICAS MEDITACIONES SOBRE LA MODERNIDAD

Jorge E. Brenna B.

Para el Sub Marcos y el EZLN... con respeto y admiración

Introducción

Sin duda, todas las reflexiones son una experiencia real. Sin embargo, existe un tipo de ellas que, sin aspirar nunca a la científicidad o a la transcendencia filosófica, alcanzan un grado de profundidad, de realismo y de extensión en cuanto a las realidades –ocultas antes– que llegan a tocar. Estoy pensando en ese tipo de reflexiones cuyos contenidos parecieran llegar a la mente como una “chispa” que de pronto se enciende y forma la “idea” pero que, mejor vista, en realidad ha surgido del interior del cuerpo cuando éste ha sido sometido a una catarsis reflexiva, ya sea por un provocador externo o por nuestras propias obsesiones. Los monjes Zen le llaman “satori” a esta experiencia, a esta chispa que, para ellos, es la fuente viva de la revelación, de la iluminación, tan caras para la vida espiritual de los orientales.

En Occidente la pretendida autonomía de la Razón se ha tornado tan abrumadora que ha convertido al noble acto de pensar, de reflexionar, en

algo sometido a fines y a medios, es decir, ha dejado de ser una experiencia total –como tal vez sólo lo fue para los griegos–, convirtiéndose en una *técnica* (por su obsesiva búsqueda de la objetividad), tan artificial como inhumana (por cientifista). Bien distinto parece haber sido el *estilo meditativo* heredado *de* y desarrollado *por* las religiones clásicas, y que llegó a constituirse en el recurso intelectual predilecto de los llamados *frailes filósofos* (aunque también de Descartes) y de toda una pléyade de filósofos místicos y metafísicos (me atrevería a incluir a Nietzsche en el grupo).

Tal vez este peculiar estilo de pensar la realidad sea una de las mayores herencias que el pensamiento español ha atesorado y, por extensión, el pensamiento latinoamericano. Pienso en el estilo meditativo, actual, de un Miguel Unamuno, de un Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, de una María Zambrano (tan hermanada a la América hispánica y, particularmente a México). Pienso también en algunos de los grandes meditadores de México: Sor Juana, Alfonso Reyes, Vasconcelos, Novo, Cuesta, Carlos Fuentes, Octavio Paz, etcétera.

¿Será realmente este estilo meditativo un patrimonio de España y América? ¿O es simplemente uno más de tantos “anacronismos” de las sociedades llamadas *premodernas* (como suelen denominarnos, desde afuera, las sociedades *posmodernas*)?

En este breve ensayo intentaremos reflexionar en la tónica del intenso estilo meditativo de dos grandes meditadores del presente: don Miguel de Unamuno y don Octavio Paz. Las razones de nuestra debilidad frente a estos dos pensadores son claras: *ambos tratan de hacer justicia por igual tanto a “los reclamos de la razón” como a “los del sentimiento”* –según ha dicho sobre sí el propio Unamuno. Ambos se han extasiado también en los parajes de la Razón, hasta que el sentimiento ha puesto en entredicho el pretendido imperio de aquélla; ambos han sabido dejarse llevar, voluntariamente, hacia las tormentas del sentimiento, de la sinrazón creadora, a la manera de un timonel que ha renunciado a navegar y abandona su nave al viento partiendo feliz al encuentro de su muerte... o del paraíso perdido.

Unamuno ha nacido en Bilbao (País Vasco, España) en un medio pequeño burgués, como Octavio Paz, y como éste ha heredado las grandes concepciones de la historia que avasallarían a nuestro siglo. Ambos corte-

jarían, también, un pensamiento dialéctico-hegeliano que los llevaría a creer —con lo que ello implica como experiencia total— en el *socialismo* (esa gran doctrina del progreso y la modernidad por antonomasia), para descreer después al toparse con su rostro, por considerarlo demasiado limitado y estrecho, no tanto para la Razón como para el sentimiento (¡o para ambos!).

El pensador de Bilbao expresa en sus frecuentes protestas y en sus oscilaciones incomprensibles, el drama interior del intelectual nacido en un medio social en donde las ideas abundan y embelezan a los espíritus jóvenes; como el Unamuno que “un día cree sinceramente que su puesto está entre los trabajadores”, señala Tuñón de Lara (1974), “y otras se desiluciona y se entrega a un misticismo”. En este sentido, el Unamuno de fines de siglo (XIX por supuesto), es un ferviente partidario de la *europización*; sin embargo, el joven de 1906 —más maduro— publica un ensayo al que intitula *Sobre la europeización*, y en el que, como producto de sus incursiones en la cultura europea, pondrá en duda esta realidad como proyecto para sí mismo y para su patria. Vuelve entonces su rostro a España para mejor enarbolar la bandera de una “hispanización” de Europa: *la imposición de la sustancia íntima de España a toda Europa*. Desde entonces su profunda antipatía por la ciencia y la cultura modernas lo arrojarán a la búsqueda de la *tradición verdadera* de su tierra.

Octavio Paz, eterno buscador de todo, sensual y ávido de imágenes vivas, “poeta en ciernes” en su adolescencia —como se definía él mismo—, pasa sus primeros años en el Mixcoac provinciano de la ciudad de México. Buscador que “es llevado” lejos de su cultura... hasta la propia España en los duros años de 1937. Su razón va preñada de ideas socialistas en estos negros años para la España sangrada; sin embargo, al volver a México su quimera socialista es puesta en entredicho al trabar contacto con algunos surrealistas exiliados (Benjamín Peret), y posteriormente, al entrar en París al paraíso surrealista de la mano del propio André Bretón. A partir de entonces Octavio Paz atenderá diligente a los reclamos del sentimiento utilizando a la razón como instrumento. De ahí que en su amplia obra ensayística, medular en su obra total, éste defina su época (nuestra) como *un tiempo de crítica*, y a él mismo como un *crítico*. Oficio que, como Unamuno, ejercerá con agudeza y maestría sin negociar

jamás su preciada independencia y su libertad de ser. Así, Paz se instalará para siempre en *la visión de la existencia moderna* como una *ruptura permanente con el mundo y consigo mismo*. ¿No es esta trágica postura (en el mejor de los sentidos) el signo más claro de la “natural” empatía entre el mexicano y el bilbaíno?

La tradición viva...

En el umbral del siglo XXI los temas de *la modernidad* (y la modernización) volvieron a ponerse de moda (crisis finisecular de por medio). Por ello, resulta un ejercicio intelectual hartamente saludable el sacar a ventilar las enfáticas meditaciones de Unamuno y Paz en torno a la tradición y la modernidad.

En España la meditación del “ser español” ha adoptado tintes dramáticos y trágicos, como la obra de Unamuno *El sentimiento trágico de la vida*. Y, como ha afirmado Rubert de Ventós, esta profunda reflexión ha aparecido cíclicamente cada vez que España se ha sentido desconcertada ante el futuro: es por ello que, de vez en vez, su instinto le hace volver los ojos al pasado para encontrar un asidero seguro, porque el futuro nunca lo ha sido ni lo será (excepto en forma de eternidad).

De manera análoga, en México la conquista española, experimentada como agravio y violencia, alimentó también incansables e interminables meditaciones nostálgicas en torno al tesoro perdido (¿la inocencia?). Los ojos puestos sobre el pasado para comprender –¡o al menos justificar!– el presente experimentado como agonía y desconcierto. Ambas nostalgias, a través de la meditación del ser mexicano y español respectivamente, *escarbarán en el pasado arquetípico para encontrar la eternidad como experiencia y no como promesa*.

Octavio Paz y Unamuno emprenden este viaje jungiano al interior de la hispanidad pero no para hacer la apología de una realidad resentida y acomplexada –como otros sí lo harían en ambos países–, sino para encontrar *la verdad de la propia modernidad*, que no requiere de paradigmas ilustrados ni de guías para continuar su marcha hacia el momento del re-

conocimiento y reencuentro entre las culturas. Es por eso que ambos rechazan los trasplantes culturales llamados “americanización”, “europeización”, “occidentalización”, “modernización”, etcétera.

El joven Unamuno deambula por los paisajes de la moderna cultura europea; sin embargo –ya lo hemos señalado–, más tarde confesará no ser ni moderno ni europeo. Y no podía ser de otra manera cuando su búsqueda de la sustancia íntima de España lo ha arrojado en brazos del “pragmatismo popular” (Tuñón de Lara) y del “*espíritu caballeresco*”, en lucha feroz contra el *oscurantismo científico*. En adelante, el utilitarismo y el positivismo modernizantes recibirán certeras estocadas de manos de Unamuno. En esta contienda su montura de Quijote, gallarda y noble, es *el sentimiento español*, del pueblo tal y como se reflejaba en su propia conciencia que era –ya lo decía él mismo– “una conciencia española hecha en España”. Y este sentimiento trágico de los españoles, tan caro para Unamuno, es el sentimiento católico de la vida, el sentimiento popular que “no consiente la lógica científica”, sino únicamente los dictados del sentimiento que se hunde en el terruño y la historia. ¿Es ésta una postura tradicionalista y antimoderna? No me atrevería a afirmarlo...

Para el mexicano Octavio Paz, la reflexión sobre su propia sustancia íntima es *un camino directo hacia la interrogación de todo lo que constituye el pasado del pueblo mexicano*. Y aunque también reivindica la *omnipresencia de la tradición subterránea y popular* (“es que hay un México enterrado, pero vivo”), apunta, sobre todo, que *el uso creador de esa tradición vuelve innecesaria la transición a una supuesta modernidad*: “pues ya se está en ella de un modo propio y creador”. Lo que para el maestro Unamuno equivale a *estar en los umbrales de la “tradición eterna”, ésa que levanta el pasado vivo sobre el muerto*.

El fantasma de la modernidad

De una manera explícita, Paz señala que la *modernidad* es, tal vez, una maldición... pero también una bendición, lo que sí es seguro, señala, es

que es *un destino ineludible*. Y aquí Paz, como Unamuno, gusta de hacer uso de un pensamiento que se recrea en las formas antitéticas, sobre todo cuando se trata de cuestiones trascendentales. En el bilbaíno la ingeniosa paradoja de Paz tiene su equivalente cuando dice: “*lo que pasa queda*”, y para él lo que queda, lo que permanece, es *la tradición* –la eterna–, no la presente que es falsa.

Octavio Paz, tal vez más mesurado, o menos apasionado, o menos trágico que Unamuno, hace que la modernidad y la tradición aparezcan abrazadas en la historia mexicana en tanto que, precisamente, *las crisis nacionales* no han sido más que variaciones sobre el mismo tema: *la existencia confusa de la tradición y la modernidad*. Y en este punto, Paz no ha dejado que España se escabulla entre sus dedos, pues sería tanto como decir una verdad a medias, que es tanto como una mentira consciente (o piadosa): cuando los españoles conquistan América, España era una realidad yuxtapuesta de rasgos antiguos y modernos, sin fundirse (¿lo han hecho ya?). En adelante la historia de España y sus antiguas colonias será la de nuestras “ambiguas relaciones –atracción/repulsión– con la edad moderna”. Y profiere contundente: “y ahora mismo, en el crepúsculo de la modernidad, no acabamos de ser modernos”.

Unamuno no rechaza la modernidad de un modo explícito, sino las formas que ha tomado en Europa: *la cultura moderna de occidente*. Para el que fue rector vitalicio de la Universidad de Salamanca, la cultura moderna está dominada “por un especialismo miope y por el materialismo histórico”, la mediocridad y el “avulgamiento científico” que se desborda en “democráticas bibliotecas baratas y sectarias”. Y en esto Unamuno es claro, pues, *¿de qué puede servir al hombre una modernidad que se alza sobre la propia humanidad, oprimiéndola, como una “Nueva Inquisición” que controla y castiga a quienes no se rinden a su ortodoxia?*

Si la modernidad fuese, como anunció serlo, el reino de la libertad, de la creatividad y de la eternidad, Unamuno/Don Quijote hubiese sido el primero en reivindicarla y marchar hacia ella, pero la que él denosta es un engaño. ¡Cuán actuales resultarían ahora sus meditaciones sobre el ser español cuando España y México abren sus puertas a una Europa y una Norteamérica posmodernas! Si ahora estuviera presente, con cuánto cora-

je no arengaría a las juventudes de fin de siglo exclamando como lo hizo en sus tiempos –que siguen siendo los nuestros:

Y vosotros ahora, bachilleres carrascos del regeneracionismo europeizante, jóvenes que trabajáis a la europea, con método y crítica científicos, haced riqueza, haced patria, haced arte, haced ciencia, haced ética... que así matareis a la vida y a la muerte. ¡Para lo que ha de durarnos todo!

Desafortunadamente, hoy parece haber sido derrotado el *quijotismo unamunesco*. Frente a éste parece haber triunfado la ilustrada y racional reflexión de un Ortega y Gasset el cual –a decir de Rubert de Ventós– se atrevió a diseñar especialmente para el nacionalismo español dos claros proyectos para enfrentar el futuro de España y superar la nostalgia del pasado colonial (muerto ya): “*el dominio y unificación de España como sustitución –de las colonias perdidas– y el europeísmo como compensación –de una identidad extraviada–*” – ¡Ya se lo agradecerán los catalanes, los vascos, los gallegos...!

Octavio Paz, que afortunadamente aún nos vive, no cesa de ampliar las interrogantes tratando de responderlas una a una: *no basta, pues, con los transplantes culturales para entrar a la modernidad*. Para Paz, al igual que para Unamuno, “lo que pasa queda”, y es que “*para que los cambios sean fecundos deben estar en consonancia con el pasado y la tradición de cada nación*”. ¡Encontrar el *camino propio* hacia la modernidad! ¿No era ése el camino con el que Unamuno sostenía sus reclamos y sus reticencias a la europeización?

Pero Paz tampoco es complaciente con la modernidad de Occidente enferma, para él, de un mal que no es de carácter social o económico sino moral. Como don Miguel, nuestro Nobel no ha cesado de denunciar el lado oscuro de la modernidad occidental: *el hedonismo de occidente es la otra cara de su desesperación, su escepticismo no es una sabiduría sino una renuncia; su nihilismo desemboca en el suicidio y en formas inferiores de la credulidad, como los fanatismos políticos y las quimeras de la magia*.

Y como Unamuno, también dirá: "*el futuro se ha vuelto la región del horror y el presente se ha convertido en un desierto*".

De cómo ser modernos desde la tradición viva

Tanto Octavio Paz como Unamuno reclaman la preminencia de la *tradición viva*. En el bilbaíno, la *tradición eterna* que emerge, que subyace en el presente vivo del pueblo español... en su sustancia íntima.

Para nuestro nobel, la tradición de un México "enterrado pero vivo", tiene que conciliarse consigo misma, encontrar su verdadero presente, como lo propone Unamuno, en consonancia con el pasado pero sin apelar a éste para justificarse. Sólo así se puede encontrar la propia senda hacia la modernidad. Pero ¿hacia cuál modernidad?

Modernidad, civilización, conceptos que difícilmente pueden dar cuenta cabal de las realidades que pretenden nombrar. Y cómo pueden aspirar a hacerlo si de lo que se trata es, precisamente, de captar visiones del mundo tan específicas para cada sociedad y, asimismo, del propio sentimiento del tiempo para cada pueblo. ¿Cómo postular para América la modernidad si se ha pretendido dejar fuera a la *América indígena*?

Paz dirá: "*los indios son los huesos de México, su realidad primera y última*". Como lo es para Unamuno "*el ruido del pueblo español*", el tosco campesino católico y oscurantista. ¿Cómo eludir —dirá Octavio Paz—, la realidad "*de que somos un pueblo entre dos civilizaciones y entre dos pasados*"?

Como lo hemos reiterado, bajo el drama de la modernidad —y la modernización— se esconde para los pensadores que nos ocupan, la tragedia aún mayor de la meditación sobre el propio ser. En Octavio Paz, esta gran interrogante replanteada una y otra vez, desemboca en la intensa búsqueda, secular, del camino propio, camino que también Unamuno esboza para su trágica España.

En el México de Octavio Paz, por encima de los logros y fracasos, caídas y recaídas, la pregunta desde finales del siglo XVIII ha sido la misma:

¿cómo modernizarnos desde nosotros mismos y no desde las quimeras de Occidente?

Unamuno enfrentó la misma pregunta levantando, frente a la ilusión de la europeización, la utopía del *Quijotismo*. La "risa divina" de don Quijote que arremete contra el pesimismo nihilista de la modernidad europea (hartamente denunciada por Nietzsche). El Caballero de la triste figura de Unamuno "como cree en la vida eterna, tiene que pelear, arremetiendo contra la ortodoxia inquisitorial científica y moderna por traer una imposible Edad Media, dialéctica, contradictoria y apasionada", natural... ¿Es que existe una mejor manera de ser actual que la del ser natural?

Por su parte, el poeta mexicano reitera una y otra vez que la modernización que le ha sido impuesta a la cultura latinoamericana, un peculiar modernismo al que se le ha hecho entrar, le ha impedido volver los ojos sobre sí misma para re-conocerse. Reconocimiento que Unamuno ha juzgado vital y que trató de impulsar encontrando ¡ni más ni menos que a Don Quijote!

Tanto Paz como Unamuno tratan de revelarnos el misterio de nuestras sociedades, el misterio de una cultura popular en la que aún se encuentran vivos, aunque enterrados por una capa de complejos e indiferencia, los elementos vitales de una identidad y una singularidad que han estado ausentes, todo este tiempo, de lo que Occidente nos ha hecho tragar como cultura superior, racionalista y moderna. Pero ya lo ha dicho Paz en *El laberinto de la soledad*: "hay en los mexicanos, hombres y mujeres, un universo de imágenes, deseos e impulsos sepultados", pero ¿hacia dónde han ido a parar que nunca se vislumbran? Paz concluiría en su *Ogro Filantrópico* que ¡hay que sumergirse en las creencias enterradas que subyacen "en capas más profundas del alma y por eso cambian mucho más lentamente que las ideas".

Sin embargo, la búsqueda al interior de la sustancia íntima de México no conduce a Octavio Paz al encuentro de un Quijote mexicano que enarbole su lanza contra la modernidad racionalista y depredadora, y en esto es radicalmente diferente de la postura del bilbaino. Aunque, ahora sí como él, también denostará la apropiación que, equívocamente, hemos hecho de "la imagen del futuro inventada por europeos y norteamericanos".

Pues las bases éticas, culturales y materiales de la modernidad occidental no están presentes –ni han estado jamás– en América Latina (ni en España). De ahí que la modernidad occidental sea entre nosotros una quimera “sanchopanchesca” –al decir de Unamuno–; una fascinación ideológica que no tiene nada que ver con nuestra tradición presente, viva, verdadera... y nuestra sustancia íntima.

La modernidad hedonista y nihilista de Occidente ha heredado de los griegos la fascinación por *lo aparente*, por lo bellamente falso (“Todo esto es falso... ¡pero es bello!”); aunque como dice el viejo Durrell (Lawrence): “la belleza no es una excusa ...es una trampa”. Y es, en efecto, esta trampa la que espolea y hace meditar trágicamente a Paz y a Unamuno para decirnos: “¡Todo esto es falso”! Pero ¿en dónde hallar lo verdadero?

Tanto el mexicano como el bilbaíno señalan, a su peculiar modo cada uno, la vía más natural y singular para nuestros pueblos: *estar en consonancia con el pasado y la tradición de cada nación*.

Así tanto España como México, como Cuba, Argentina o Brasil... tienen que encontrar su propio camino hacia la modernidad. Y ya que el futuro se ha convertido hoy en día en la región del horror y el presente en un desierto, nuestros pueblos tendrán que excavar muy hondo para encontrar los veneros acuíferos que hagan que nuestro presente se transforme en un nuevo oasis... en *un presente vivo*.

Como ya lo señaló Miguel de Unamuno:

siéntome como una alma medieval, y se me antoja que es medieval el alma de mi patria; que ha atravesado a la fuerza por el Renacimiento, la Reforma y la revolución, aprendiendo, sí, de ellas, pero sin dejarse tocar el alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman “caliginosos”. Y el quijotismo no es sino lo más desesperado de la lucha de la Edad Media contra el renacimiento que salió de ella.

“¡Qué le vamos a hacer!”; dirá siempre Unamuno. Frente a la parcialización de los enfoques ficticios de la moderna cultura europea: “*el hom-*

bre moderno es el que se resigna a la verdad y a ignorar el conjunto de la cultura". Pero éste no es el ideal de Unamuno. Este es el ideal de "la humanidad", concepto acuñado por Occidente y del cual desconfiaba siempre el bilbaíno para el que sólo valía el sustantivo concreto "el hombre". Para Unamuno, el hombre tiene alternativas mejores que no están preescritas –ni pueden estarlo– de una vez y para siempre.

Con Octavio Paz, Unamuno confía ciegamente en *los caminos propios*; "se hace camino al andar", dice la ya clásica fórmula poética de Antonio Machado, y el camino que hace el caballero de la triste figura, que encarna el ideal de Unamuno, es al mismo tiempo el camino propio... el que, sin pretender encontrar, siempre ha estado allí bajo sus pies: la salvación dentro de sí mismo. Por eso es que es capaz de acometer contra los molinos de viento que representan, para don Miguel, la ciencia y la técnica de la cultura moderna.

La única forma de ser actual, de estar presente ahora y para siempre, eternamente, *es el quijotismo*. Porque don Quijote no se rinde frente al nihilismo de la modernidad, porque no es pesimista.

porque el pesimismo es hijo de la vanidad, es cosa de moda, puro snobismo; y Don Quijote ni es vano ni vanidoso, ni moderno de ninguna modernidad –menos modernista– y no entiende qué es eso de *snob* mientras no se lo digan en cristiano viejo español... Ni entiende de tonterías futuristas tampoco.

Pero ello no implica, tampoco, el realismo. Al contrario. Ni Paz ni Unamuno reclaman el realismo de la razón, que es hermano del futurismo de la racionalidad omnipotente. De ningún modo. Para ambos están descartadas las quimeras del pasado tanto como las del futuro. Don Quijote no es el pasado muerto redivivo, sino el pasado vivo vuelto presente. Don Quijote es, sola y simplemente, una actitud ante la vida y ante la historia: el espíritu caballeresco, actual, contra el oscurantismo científico de la modernidad y el sanchopancismo timorato llamado realismo, positivismo, empirismo, marxismo, etcétera, que se cree autorizado a mofarse del idealismo quijotesco de la tradición presente, viva, de los pueblos.

Como bien lo ha señalado Octavio Paz: "hay pueblos lanzados hacia el

futuro y otros que tienen los ojos fijos en el pasado". Pero, precisa el mexicano:

una civilización no sólo es un sistema de valores (modernos): es un modo de formas y de conductas, de reglas y excepciones. Es la parte visible de una sociedad... pero sobre todo es su parte sumergida, invisible: las creencias, los deseos, los miedos, las represiones, los sueños.

¿No es esta postura hacia la historia de un pueblo, junto a la postura quijotesca, una de las formas (tal vez la más pura) de *ser civilizados de un modo propio*? ¿Ser actual, eterno, de un modo verdaderamente original? Y ¿no es la búsqueda de sí mismo, en una cultura, lo que tanto don Miguel de Unamuno y don Octavio Paz reivindican como forma más propia y verdadera de ser moderno... de un modo auténtico? ¿No es ésta la forma más activa y actual como un hombre y un pueblo pueden asumir el más férreo compromiso con su tiempo, con su tradición, con su presente y con su futuro?

Bibliografía

Miguel de Unamuno

-*Ensayos*, Madrid, volumen VI, 1963.

-*El sentimiento trágico de la vida*, México, Porrúa, Colección, Sepan cuántos, 1983.

Octavio Paz

-*El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1972

"México y Estados Unidos. Posiciones y contraposiciones", en varios autores, *Visión del México contemporáneo*, México, El Colegio de México, 1979.

-*El ogro filantrópico*, México, Joaquín Mortiz, 1982.

-*Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1984.

M. Tuñón de Lara

-*Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, Madrid, Edicusa, 1974.

Xavier Rubert de Ventós.

-*El laberinto de la hispanidad*, Barcelona, Planeta, 1987.